

# José Lezama Lima



Bibliografía poética: José Lezama Lima. La Habana 1910 – 1976. Dirigió entre 1944 y 1956 la revista *Orígenes*, uno de los proyectos culturales más importantes del continente. Su obra poética, narrativa y ensayística fue descubierta fuera de Cuba por editores y críticos, gracias a la irrupción de su novela *Paradiso* (1966), que forzaba los límites del género y se burlaba de gramáticas y preceptivas, para narrar la historia de un aprendizaje poético. Promotor de revistas y cenáculos, supo congregarse en torno suyo a poetas de la talla de Gastón Baquero, Cintillo Villar, Eliseo Diego, Virgilio Piñera y Octavio Smith, entre otros. Su amistad con el poeta y sacerdote español Ángel Gaztelú (1914), contribuyó a la formación de su mundo espiritual.

## Muerte de Narciso

Dánae teje el tiempo dorado por el Nilo envolviendo los labios que pasaban entre labios y vuelos desligados. La mano o el labio o el pájaro nevaban. Era el círculo en nieve que se abre. Mano era sin sangre la seda que borraba. La perfección que muere de rodillas. Y en su celo se esconde y se divierte.

Vertical desde el mármol no mira la frente que se abre en loto húmedo. En chillido sin fin se abre la floresta al airado redoble en flecha y muerte. ¿No se apresura tal vez su fría mirada sobre la garza real y el río tan débil del poniente, grilo que ayuda la fuga del dormir, llama fría y lengua alfilerada?

Rostro absoluto, firmeza mentida del espejo. El espejo se olvida del sonido y de la noche y su puerta al cambiante pontífice entreabre. Mascara y río, grilo de los sueños. Frio muerto y cabellera desterrada del aire que la crea, del aire que le miente son de vida arrastrada a la nube y a la abierta boca negada en sangre que se mueve.

Ascendiendo en el pecho solo blanda, olvidada por un aliento que olvida y desentraña. Olvidado papel, fresco agujero al corazón saltante se apresura y la sonrisa al caracol. La mano que por el aire líneas impulsaba, seca, sonrisas caminando por la nieve. Ahora llevaba el oído al caracol, el caracol enterrando firme oído en la seda del estanque.

Granizados toronjiles y ríos de velamen congelados, aguardan la señal de una mustia hoja de oro, alzada en espiral, sobre el otoño de aguas tan hirvientes. Oculi rubi queda suspirando en su fuga ya ascendiendo. Ya el otoño recorre las islas no cuidadas, guamecidas, islas y aislada paloma muda entre dos hojas enterradas. El río en la suma de sus ojos anunciaba lo que pesa la luna en sus espaldas y el aliento que en halo convertía.

Antorchas como peces, flaco garzón trabaja noche y cielo, arco y castillo y sierpes encendidos, carambano y lebre. Pluma morada, no mojada, pez mirándome, sepulcro. Ecuéstres faisanes ya no advierten mano sin eco, pulso desdoblado: los dedos en inmóvil calendario y el hastio en su trono conjunto. Lenla se forma ola en la mármorea cavidad que mira por espaldas que nunca me preguntan, en veneno que nunca se pervierte y en su escudo ni potros ni faisanas.

Como se derrama la ausencia en la flecha que se aísla y como la fresa respira hilando su cristal, así el otoño en que su labio muere, así el granizo en blanco espejo destroza la mirada que le ciñe, que lo miente la pluma por los labios, laberinto y halago le recorre junto a la fuente que humedece el sueño. La ausencia, el espejo ya en el cabello que en la playa extiende y al aislado caballo pregunta y se divierte.

Fronda leve vierte la ascensión que asume. ¿No es la curva corintia tralación de confitados mirabelles, que el espejo reúne o navega, ciego desterrado? ¿Ya se siento temblar el pájaro en mano terronal? Yo sólo cae el pájaro, la mano que la cárcel mueve, los dioses hundidos entre la piedra, el carbunco y la doncella. Si la ausencia pregunta con la nieve desmayada, forma en la pluma, no círculos que la pulpa abandona sumergida.

Triste recorre –curva ceñida en centenario aldrán– el espacio que manos desalojan, timbre ausente y avivado azafrán, lomos redobles sus extremos. Convocados se agitan los durmientes, fruncen las olas batiendo en torno de ajedrez dormido, su insepulta liara. Su insepulta madera blanda el frío pico del hirviente cisne. Reluce muelle: falsos diamantes, pluma cambiante terso allas. Verdos chillidos juegan las olas, blanda muerte el relámpago en sus venas.

Ahogadas cintas mudo el labio las ofrece. Orientales cestillos cuecen agua de luna. Los más dormidos son los que más se apresuran, se entierran, pluma en el grito, silbo enmascarado entre frentes y garfios. Estirado mármol como un río que recurva o aprisiona los labios destrozados, pero los ciegos no oscilan. Espirales de heróicos tenores caen en el pecho de una paloma y allí se agitan hasta relucir como flechas en su abrigo de noche.

Una flecha destaca, una espalda se ausenta. Relámpago es violeta si alfiler en la nieve y terco rostro. Tierra húmeda ascendiendo hasta el rostro, flecha cerrada. Polvos de luna y húmeda tierra, el perfil desgañado en la nube que es espejo. Frescas las valvas de la noche y límite airado de las conchas. en su cárcel sin sed se destacan los brazos, no preguntan corales en estirias de abejas y en secretos confusos despiertan recordando curvos brazos y engaste de la frente.

Desde ayer las preguntas se divierten o se cierran al impulso de frutos polvorosos o de islas donde acampan los tesoros que la rabia esparce, adula o reconviene. Los donceles trabajan en las nueces y el surtidor de frente a su sonido en la llama fabrica sus raíces y su mansión de gritos soterrados. Si se aleja, recta abaja, el espejo destroza el río mudo. Si se hunde, media sirena al fuego, las hilachas que surcan el invierno tejan blanco cuerpo en preguntas de eslatua polvorienta.

Cuerpo del sonido el enjambre que mudos pinos claman, despartando el oleaje en lisas llamaradas y vuelos sossegados, gulados por la paloma que sin ojos chillía, que sin clavel la frente espejo es de ondas, no recuerdos. Van rondando en ojos, hilando en el clavel no siempre ardido el abismo de nieve alquitrada o gimiendo en el cielo apuntalado. Los corceles si nieve o si cobre gulados por miradas la súplica deslilan o más firmes recurvan a la mudéz primera ya sin cielo.

La nieve que en los sistrós no penetra, arguye en hojas, recta destroza vidrio en el oído. nidos blancos, en su centro ya encienden tibios los corales, huidos los donceles en sus ciervos de hastio, en sus bosques rosados.

Convierten si coral y doncel rizo las voces, nieve los caminos, donde el cuerpo sonoro se meco con los pinos, delgado cabeceo. Mas esforzado pino, ya columna de humo tan aguado que canario es su aguja y surtidor de viento desrizado.

Narciso, Narciso. Las astas del ciervo asesinado son peces, son llamas, son flautas, son dedos mordisqueados. Narciso, Narciso. Los cabellos guiando florentinos reptan perfiles, labios sus rutas, llamas tristes las olas mordiendo sus cadenas. Poz del frío verde el aire en el espejo sin estirias, racimo de palomas ocultas en la garganta muerta; hija de la flecha y de los cisnes. Garza divaga, concha en la ola, nube en el desgaire. espuma colgaba de los ojos, gota mármorea y dulce plinto no olreiciendo.

Chillidos frutados en la nieve, el secreto en geranio convertido. La blancura seda es ascendiendo en labio derramada, abre un olvido en la islas, espada y pestañas vienen a entregar el sueño, a rendir espejo en litoral de tierra y roca impura. Húmedos labios no en la concha que busca recto hilo, esclavos del perfil y del velamen secos el aire muerden al tornasol que cambia su sonido en rubio tornasol de cal salada, busca en lo rubio espejo de la muerte, concha del sonido.

Si atraviesa el espejo hierven las aguas que agitan el oído. Si se slanta en su borde o en su frente el centurión pulsa en su costado. Si declama ponotran en la mirada y se fruncen las letras en el sueño. Ola de aire envuelve secreto albino, piel arponeada, que coloreado espejo sombra es del recuerdo y minuto del silencio. Ya traspassa blancura recto sinlín en llamas secas y hojas lloviznadas. Chorro de abejas increadas callado, así Narciso en pleamar lugó sin alas. Así el espejo averiguó callado, así Narciso en pleamar lugó sin alas.

Conocedor profundo de Góngora, Platón, los poetas órficos y los filósofos gnósticos, Lezama compendió su vida en el amor a los libros. Su obra cultural está saturada de claves, enigmas, alusiones, parábolas y alegorías que aluden a una realidad secreta, íntima y, al mismo tiempo, ambigua. Desarrolló una erótica de la escritura, anticipándose, de esta manera, a las corrientes europeas de la estilística estructuralista. Sus ensayos son imaginativos, poéticos, abiertos y constituyen una recreación de textos y visiones. Con la Muerte de Narciso omplaza al lector frente a una situación límite de la realidad de cuyo desmantelamiento surge otra realidad artísticamente potenciada y reconstruida dentro de una fascinante y barroca mitología.

